

trecho en trecho hubimos de pasar un puente y delante de nosotros se iba extendiendo la gran ciudad de Méjico en toda su magnificencia. Sin embargo, nosotros que cruzábamos entre tan innumerables masas de gente, éramos una partida de 450 individuos, con la cabeza todavía llena de las prevenciones de los habitantes de Tlascal y otras ciudades, y de las precauciones que nos habian recomendado para resguardarnos y no ser víctimas de los mejicanos. Considerada nuestra situacion, bien puede preguntarse si jamás ha habido hombres que se hayan atrevido á semejante empresa» (1).

La ciudad de Méjico tenia entonces por lo menos 60,000 casas, lo cual permite suponer una poblacion de mas de 300,000 almas. Para abastecer tanta gente no faltaban grandes mercados, uno de los cuales era tan extenso como toda la ciudad de Salamanca segun algunos. El templo grande de los sacrificios estaba construido sobre una plataforma á la cual se subia por 114 escalones y desde allí se podia dominar con la vista toda la ciudad. El templo principal tenia 40 torres, todas construidas sólidamente de piedras labradas con los techos de vigas bien ensambladas y pintadas. En estas torres tenian las personas mas distinguidas de la ciudad sus ídolos y sepulcros de familia. En la plataforma elevábase el templo en cuya nave habia dos ídolos cubiertos de oro y pedrería. Allí era el sitio principal de los sacrificios, donde estaba el ara de jaspe sobre la cual los sacerdotes degollaban á las víctimas; el suelo y las paredes estaban ennegrecidas con la sangre humana que los cubria. Las cabezas de las víctimas se guardaban apiladas en andamios, y uno de los españoles pretendió haber contado 136,000 en un solo monton.

20.—Cortés en la capital de Méjico

Los españoles entraron en la capital el 8 de noviembre del año de 1519 con música y banderas desplegadas, seguidos de 6,000 guerreros tlascaltecas. En la calle mayor de la ciudad salió á recibir al general español el emperador azteca con un séquito brillante de 200 individuos que todos iban descalzos, menos el soberano, llevado por nobles en un sillón con adornos de oro, plata, piedras preciosas y plumeros verdes. Al acercarse los españoles bajó Motezuma de su asiento, y sobre las alfombras que extendieron á su paso sus servidores, se dirigió hácia los extranjeros. Su traje era suntuoso y pintoresco; llevaba en la cabeza un plumero verde porque este color era distintivo de los monarcas; y en los pies escarpines cubiertos de piedras preciosas y con suelas de oro. Todos los mejicanos bajaron la vista, porque cuando andaba el soberano entre la multitud, á nadie le era permitido mirarle. Cuando Cortés vió al emperador se apeó del caballo, fué á su encuentro y al llegar junto á él le puso un collar de cuentas brillantes de cristal tallado. Quiso tambien abrazarle, pero se lo impidieron los dos magnates que estaban al lado del emperador para que no fuese profanada su sagrada persona. Despues de haber presentado á Cortés un regalo de mucho valor, retiróse el soberano con su séquito, y los españoles pasaron adelante.

En el centro de la ciudad, en una espaciosa plaza se hallaba el elevado templo del dios de la guerra, cuyo puesto ocupa hoy la catedral, y luego los diferentes edificios anchuros del palacio, construido por el padre de Motezuma, y destinado á la sazón por este para alojamiento de sus huéspedes. Los mejores aposentos tenian las paredes cubiertas de colgaduras de telas de algodón de color, y el suelo de este-

(1) BERNAL DIAZ DEL CASTILLO, II, pág. 51 y siguientes.

ras. Todos los edificios estaban cercados por una robusta muralla con torres, que daban al conjunto el aspecto de una fortaleza, y así lo consideró el caudillo español, el cual distribuyó sus centinelas y rondas en las torres y murallas, é hizo colocar sus cañones en las puertas. Por la noche presentóse Motezuma para hacer á Cortés su visita, y le contó con todos sus pormenores la leyenda del dios Quetzalcoatl, añadiendo al final de su relacion que segun todo lo que hasta entonces habia oido sobre los españoles, su país y su rey, creia firmemente que este último era el señor legítimo y natural de Méjico (2); por lo cual ponía su persona y territorios á la disposicion de Cortés.

A la mañana siguiente devolvió Cortés la visita al emperador, acompañado de los cuatro capitanes: Pedro de Alvarado, Juan Velazquez de Leon, Diego de Ordaz y Gonzalo de Sandoval. Observaron en el palacio real varios patios y en uno de ellos un surtidor. Todo el edificio estaba hecho de piedra labrada; las paredes de las estancias se hallaban revestidas de mármol, jaspe y pórfido tan pulidos que podian servir de espejo, y además cubiertas de riquísimos tejidos ó tapices de plumas que ostentaban aves y flores bordadas. En el curso de la conversacion hizo Cortés saber al emperador por su intérprete que su soberano le habia encargado convertirle al cristianismo, y á renglón seguido empezó á exponerle los puntos principales de la doctrina cristiana. El rey, que antes habia sido pontífice, no quiso entrar en una discusion sobre cuál religion era mejor; pero antes de concluir la audiencia repitió que estaba dispuesto á pagar el debido tributo al rey de España, su señor legítimo.

Bernal Diaz del Castillo, que estuvo presente á la entrevista, pues formaba parte del séquito de Cortés, al narrar este suceso describe en los siguientes términos la persona de Motezuma:

«El gran Motezuma podia contar entonces como cuarenta años. Tenia muy buena estatura, era esbelto, de miembros algo escuetos, pero muy bien proporcionados. Su color no era muy moreno y solo tenia un matiz indio. Su cabello no era abundante sino encima de las orejas, que quedaban ocultas enteramente debajo de los rizos. La barba era poco poblada, pero de buen aspecto. Su cara era prolongada y su fisonomía serena; sus ojos bien formados expresaban segun el caso afecto y gravedad.»

Con el beneplácito del emperador arreglaron los españoles en su palacio una capilla para su culto, y descubrieron con este motivo una puerta tapiada detrás de la cual estaba oculto el tesoro particular del monarca.

Al cabo de una semana, decidió Cortés apoderarse de la persona de Motezuma como medida urgente de seguridad, con motivo de los recientes sucesos que habian ocurrido en la costa. Cortés habia dejado allí una guarnicion de 150 hombres á las órdenes de Juan de Escalante, y un cacique vecino habia sorprendido á traicion el destacamento matando á varios españoles é hiriendo mortalmente á su jefe. Tan pronto como lo supo Cortés, marchó con una escolta de hombres de confianza á ver á Motezuma á quien acusó de ser el instigador oculto de aquella traicion, y pidió el castigo del cacique. El monarca accedió á la peticion dando en seguida orden de llamar al delincuente á la capital para que respondiera de su conducta; pero esto no bastó á Cortés, el cual exigió que mientras la causa estuviera pendiente, el emperador se alojara en el palacio ocupado por los españoles. Motezuma ofreció dar á su hijo y sus hijas en rehenes; pero Cortés no se avino, é insistió en que solo podia garantir la

(2) LORENZANA: «Creemos y tenemos por cierto ser él nuestro señor natural.»

seguridad de los españoles la propia persona del emperador. Habia durado ya mas de media hora la discusion, cuando los oficiales que acompañaban á Cortés perdieron la paciencia y Velazquez de Leon exclamó fuera de sí: «¡A qué tantas palabras! O viene con nosotros de buen grado ó le dejamos aquí tendido; porque se trata de nuestra vida, y si no la aseguramos de esta manera estamos perdidos» (1).

Esta amenaza produjo efecto: Motezuma cedió y se trasladó con los españoles al alojamiento de Cortés, asegurando en el tránsito al pueblo que se aglomeró á su paso, que iba por su propia voluntad. Instalado en el palacio de los españoles, fué tratado por estos con todo el respeto debido al soberano de un grande imperio, dejándole toda su corte con las ceremonias y ostentacion de costumbre, con las audiencias privadas y públicas, y en fin sin poner el mas leve obstáculo al ejercicio de sus funciones régias, ni á la comunicacion con su pueblo, segun se ve por la relacion minuciosa que el mismo Cortés ha dejado de la vida que llevó el monarca en aquel periodo. Fuera del cambio de domicilio, no se observaba á primera vista ninguna otra mudanza; pero si no era patente á la vista de los demás, no la sintió menos profundamente el monarca en su interior.

Entre tanto llegó á la capital el gobernador azteca Quauhpopoca, ó Qualpopoca como escribió Cortés, que habia atacado á traicion la guarnicion española de Villa Rica de la Veracruz. Llegaba acompañado de su hijo y 15 jefes mas, en cumplimiento de la orden del emperador. Todos fueron entregados por este último al general español, al cual confesaron unánimemente que habian procedido por orden de Motezuma, pero no por ello se salvaron de la muerte y fueron quemados vivos en la gran plaza delante del palacio. Mientras la ejecucion, hizo poner Cortés cadenas al emperador que la presenciaba para demostrar que habia sido causante del ataque, y despues le quiso dar libertad para volver á su palacio propio: Motezuma no aceptó, temiendo que viéndole libre ya de los españoles, el furor de su pueblo estallaria contra estos sin que le fuera posible detenerlo. Entonces resolvió su sobrino Cacama, señor de Tezcuco, gran ciudad de unos 150,000 habitantes en la orilla oriental del lago, acabar de una vez con la posicion indigna de su soberano y tío, libertándole á la fuerza del poder de los españoles; pero como los nobles no querian comprometerse en nada sin orden expresa del emperador, llegó la noticia á oídos de Cortés, que obligó á Motezuma á enviar algunos nobles de Tezcuco empleados en su servidumbre á poner preso á su sobrino Cacama y declararle en su nombre destituido. Lo mismo se hizo con los demás conjurados, todo por orden de Motezuma, el cual, despues de sofocada esta conspiracion, juró en presencia de los magnates y caciques reunidos fidelidad y sumision al rey de España. En una allocucion á los jefes y principales del país que pronunció sollozando y vertiendo lágrimas, les dijo que cuanto ocurría era el inevitable cumplimiento de la antigua profecía de Quetzalcoatl, y concluyó con estas palabras: «Obedeced pues desde hoy al gran rey Carlos, vuestro señor natural, y al general que le representa. Pagadle los impuestos que hasta aquí me habeis pagado á mí, y servidle como me habeis servido á mí (2).» Cortés hizo que un escribano diese testimonio de la sumision solemne y ambas partes lo firmaron.

Como dueño del país envió Cortés comisionados españoles acompañados de funcionarios mejicanos á recorrerlo todo y á cobrar los impuestos, lo cual hicieron sin encontrar obstáculos hasta 100 leguas de distancia de la capital, regresan-

(1) Bernal Diaz del Castillo, II, 101.

(2) LORENZANA, pág. 97.

do cargados de objetos de valor, de oro y plata, á los cuales añadió luego Motezuma por su parte, de su tesoro particular, otras preciosidades, que Cortés describió en su comunicacion al rey en los siguientes términos: «Las alhajas tienen, además de su valor intrínseco, otros méritos inapreciables por sus formas extrañas y su novedad. Ningun príncipe de la tierra puede gloriarse de poseer preciosidades iguales; todo lo que Motezuma ha visto en la tierra ó sacado de las profundidades del mar lo ha hecho imitar perfectamente en oro, plata, piedras preciosas y plumas de colores; y tambien ha hecho labrar conforme á mis dibujos, crucifijos, medallas, alhajas y collares al gusto europeo. Además me ha regalado una gran cantidad de telas de algodón hermosísimas tanto por los colores como por el trabajo; colgaduras y tapices para iglesias y casas particulares; mantas de algodón y de pelo de conejo, y doce cerbatanas pintadas y magníficamente adornadas.»

Sin contar los objetos de arte de mas mérito que se conservaron tales como eran, importó la quinta parte del rey relativa á los tributos y presentes 32,400 pesos de oro.

A fin de formar una idea exacta de la extension del país, de sus costas y muy particularmente de los puntos á propósito para fondeadero de buques, hizo dar Cortés por el emperador un mapa pintado en la tela llamada *nequem*. Con la adquisicion de estos datos, se aumentaron el poder y la influencia de los españoles y todo indicaba que el cambio radical de gobierno se realizaria paso á paso y de la manera mas pacífica, cuando sobrevino un suceso que cambió la situacion por completo, obligando por lo pronto á Cortés á abandonar la capital para defender contra sus propios compatriotas sus victorias y el poder que habia adquirido.

21.—Cortés vence á Pánfilo de Narvaez.

Enterado Velazquez, el gobernador de Cuba, de la partida de Cortés y de su tropa, no renunció á reducir á la obediencia al jefe rebelde y á sus parciales, ni á agregar el imperio de Méjico con sus riquezas á su gobierno para quedarse con la parte correspondiente de los tributos y botin. Habíase quejado al Consejo de Indias y contaba con la proteccion del director Fonseca, el cual, en lugar de recibir y despachar favorablemente á los mensajeros de Cortés, dió largas á sus asuntos. Entre tanto aprovechó Velazquez el tiempo, reuniendo una nueva expedicion compuesta de mas de 800 hombres, entre ellos 80 arcabuceros y 120 ballesteros, 80 jinetes y 17 á 18 cañones, cuyo mando confió á Pánfilo de Narvaez con orden de destituir á Cortés y enviarle preso á Cuba. Supo esto el virey de Haiti, Diego Colon, y envió en seguida al licenciado Lucas Vazquez de Ayllon á Cuba para significar al gobernador que no hostilizara de ninguna manera á Cortés para no comprometer el éxito de una empresa tan brillantemente inaugurada. Velazquez no hizo caso y entonces creyó Ayllon de su deber pasar á Méjico, embarcado en un buque de la escuadra de Narvaez compuesta de 18 buques que estaba á punto de darse á la vela. Llegó Pánfilo de Narvaez con la escuadra el 23 de abril de 1520 al término de su travesía echando anclas en el mismo punto de la costa donde habia desembarcado Cortés, es decir, cerca de Villa Rica de la Veracruz. Allí renovó Ayllon su solemne protesta contra todo procedimiento hostil; y entonces Narvaez le prendió, le embarcó en uno de sus buques y le envió de nuevo á Haiti donde Ayllon dió cuenta al virey de cuanto habia pasado. El virey, viendo escarmentada su autoridad, presentó queja en España contra Velazquez y Narvaez, poniéndose así de parte de Cortés, lo cual tuvo consecuencias importantes y valió además á Hernan Cortés una decision favorable del tribunal.

Luego que Narvaez desembarcó su gente y material de guerra, intimó la rendición y entrega de la plaza á Gonzalo de Sandoval, comandante de Villa Rica de la Veracruz; pero este mandó atar á los mensajeros de Narvaez, que eran el cura Guevara y cinco individuos mas, y á cuestras de otros tantos indios de carga del país, les envió directamente á Méjico para que presentaran su mensaje á Hernán Cortés en persona. Llegaron en cuatro dias, y sabiéndolo Cortés, mandó desatarlos antes de entrar en la ciudad y les envió caballos á fin de que pudiesen entrar dignamente y presentarse á él. Despues los recibió muy cortésmente y le costó poco trabajo hacerles ver la situacion tal cual era, y ganarles á su partido y á la buena causa. Dedujo además con mucha satisfaccion de sus indicaciones que seria tambien fácil ganar toda la fuerza enviada contra él, si se libraba á los hombres del temor que les inspiraba su jefe Narvaez, que por lo demás no contaba con simpatías á causa de su altanería, presuncion y codicia.

En vista de esto, envió Cortés á verse con su contrario juntamente con sus embajadores al padre Olmedo, como persona hábil y prudente, con una carta amistosa, ofreciéndole partir con él su autoridad y poder, no escaseando de paso regalos muy regulares en oro para los oficiales del nuevo ejército. Narvaez nada quiso saber de arreglo amistoso, mientras los dos padres Guevara y Olmedo con sus relatos y los regalos de Cortés ganaban á los individuos de tropa á su favor. Cortés no aguardó la contestacion de Narvaez, puesto que no dudaba de su negativa, y determinó aniquilar á su rival antes de que tuviera tiempo de tomar sus disposiciones y penetrar en el interior del país. Dejó el emperador Motezuma al cuidado y bajo la vigilancia del valiente y fiel Pedro de Alvarado con 140 hombres y toda la artillería, y con solo 70 hombres escogidos y 2,000 indios armados de lanzas largas para hacer frente en caso necesario á la caballería de Narvaez, salió en el mes de mayo de 1520 de la capital para ir al encuentro de Narvaez. En Cholula se le agregó Velazquez de Leon con 120 hombres que regresaban de la costa. Cortés los habia enviado con el citado capitán para buscar un nuevo puerto al Mediodía de Veracruz, pero les habia hecho llamar cuando supo el desembarque de Narvaez. Cerca de Tlascalala le encontró tambien con su acompañamiento el padre Olmedo que regresaba con la contestacion de Narvaez, y finalmente juntósele cerca del Pico de Perote Sandoval con 60 hombres que habian salido de Villa Rica para no caer en manos de Narvaez; de suerte que con todos estos refuerzos reunió Cortés al llegar á la costa, además de sus guerreros indios, un cuerpo de 260 españoles. Con estos últimos marchó atrevidamente al encuentro de su adversario, acampado cerca de Cempoala. Era una noche oscura y lluviosa, la víspera de Pentecóstes, cuando cayó sobre su enemigo de cuya posicion estaba perfectamente enterado; y eligió la noche porque de dia habria podido ver Narvaez el escaso número de los que le atacaban, y esto les habria animado á él y á su gente á oponer mayor resistencia. «Cuando penetramos en el campamento llovía fuerte y no se veía absolutamente nada, dice Bernal Diaz en su obra; la luna salió muy tarde; pero esta oscuridad nos fué muy útil, porque las muchas luciérnagas que revoloteaban hicieron creer á la gente de Narvaez que eran otras tantas mechas encendidas de nuestros arcabuces y por consiguiente pensaron que éramos muchos.» Sabiendo Cortés dónde se habia alojado Narvaez, se fué directamente á la casa sin excitar alarma ninguna hasta que Sandoval penetró en el interior. En la lucha y confusion que hubo se clavó á Narvaez la punta de una lanza en un ojo, y pudo ser hecho así prisionero, con lo cual cesó tambien el combate que solo habia costado la vida á dos españoles. Los

soldados del bando contrario aclamaron á Cortés, y este mandó llevar al jefe y sus partidarios mas fanáticos á Villa Rica. A la mañana siguiente llegaron los 2,000 hombres de tropa india que Cortés habia dejado expresamente atrás, á fin de que no tomaran parte en la contienda y se alabasen despues de haber tambien vencido á europeos. Por lo demás, su presencia habia sido inútil como hemos visto; pero aunque esta victoria habia sido facilísima, fué de una importancia trascendental, porque sin ella habria sido imposible llevar á cabo la conquista del imperio azteca tan brillantemente principiada. Cortés tuvo pues razon cuando dijo, despues de la sorpresa nocturna, á su prisionero Narvaez: «Os aseguro que esta victoria es uno de los hechos de armas mas insignificantes que hemos realizado en la Nueva España.»

Tranquilo ya por este lado, recibió Cortés noticias de la capital que hacian indispensable allí su presencia inmediata, porque Alvarado estaba sitiado y atacado en su palacio por todo el pueblo enfurecido de la capital y pedia el auxilio de su jefe. Celebrándose en la ciudad una gran solemnidad religiosa con los sacrificios de costumbre, se avisó á Alvarado que los patriotas mejicanos habian convenido en aprovechar esta ocasion para caer sobre los extranjeros y arrancar de su poder á su soberano. Alvarado no quiso aguardar el ataque, y adelantándose al enemigo hizo dar una carga á la multitud reunida delante de su palacio, haciendo en ella una matanza horrorosa que costó la vida á muchos individuos de la nobleza azteca. En su consecuencia se levantó toda la ciudad en masa atacando el palacio de los españoles con feroz energía.

Cortés dejó los enfermos y heridos en Cempoala y se apresuró á marchar con todas sus fuerzas disponibles á la capital. Llevaba consigo 1,300 combatientes, entre ellos 90 jinetes, 80 ballesteros y otros tantos arcabuceros. A medida que avanzaba encontró mas frialdad en la poblacion y cuando entró el dia de San Juan en la capital le pareció desierta; los habitantes ya no acudieron curiosos como la primera vez. Sin embargo, aunque tenian sitiados á los españoles desde hacia dos semanas, no opusieron ningun obstáculo á su paso.

22.—La lucha por la capital

Apenas se hubo reunido Cortés con Alvarado, emprendieron los mejicanos un ataque á la fortaleza que duró hasta la noche, pero que fué rechazado por la artillería. La lucha fué tal que los parapetos y muros se vieron despues cubiertos de flechas y el suelo de piedras de las hondas. A la mañana siguiente hicieron los españoles una salida embistiendo vivamente á las masas impenetrables de los indios, matando á cada embestida y descarga 30 ó 40 enemigos; pero todo fué en vano; no cedieron estos un paso y en lugar de desanimarse parecia crecer su valor. Desde las azoteas llovian piedras sobre los blancos, y aunque Cortés mandó incendiar las casas mas próximas, no se propagó el fuego por estar separadas por fosos llenos de agua. Viendo la inutilidad de una lucha tan obstinada en el interior de la ciudad, quiso Cortés que el emperador se mostrara á su pueblo y le dijera que los extranjeros estaban prontos á salir de Méjico si no se les molestaba en su retirada. Consintió Motezuma, y despues de un rato de vacilacion, se asomó á la azotea de la torre revestido de todas sus insignias imperiales. Al verle el pueblo callaron todos, y el emperador declaró que él no estaba prisionero y que los españoles querian marcharse; pero esta declaracion fué tomada por cobardía, y el pueblo irritado le contestó que habia colocado en el trono á su primo, y jurado no depone las armas hasta que no quedara un español vivo. Estas palabras fueron acompañadas de una nube de flechas y pie-

dras tan espesa que antes que tuviesen tiempo los españoles colocados al lado del emperador de cubrirle con sus escudos, recibió varias heridas y una pedrada en la cabeza que le hizo perder el sentido. Aquel acto de sus súbditos mató á Motezuma; cuando volvió en sí rechazó la asistencia facultativa y todo auxilio; se arrancó el vendaje y murió al tercer dia, en 30 de junio de 1520.

Con la muerte del rey cesó toda consideracion de los aztecas, que ya no tenían mas objeto que el exterminio completo de los españoles, á cuyo fin quitaron los puentes que facilitaban el paso por las cortaduras de los diques para impedir hasta la retirada de enemigos tan terribles. Por otra parte, Cortés y sus suyos comenzaban á sentir escasez de víveres y no tuvieron mas remedio que emprender bien ó mal la retirada, abriéndose camino á la fuerza al través de sus innumerables enemigos. Sabedor Cortés de la destruccion de los puentes, hizo construir un portátil y desmontable para colocarle sucesivamente sobre las cortaduras de los diques, y en una noche oscura, la del 1.º de julio de 1520, púsose en camino, tomando la direccion del dique occidental y llevándose como rehenes á las hijas de Motezuma y á su sobrino el príncipe de Cacama. El tesoro reunido tuvo que ser abandonado en gran parte á causa de su gran peso; solo el quinto del rey fué cargado, distribuyéndolo entre un número conveniente de tlascaltecas que murieron todos en la retirada desastrosa á causa del mismo peso del oro que estorbaba sus movimientos. Del oro que quedó permitió Cortés á cada soldado que tomara lo que quisiese, advirtiéndoles que no se cargasen demasiado. Muchos sin embargo que no siguieron el consejo, en la sangrienta refriega nocturna pagaron su codicia con la vida.

El ejército español con sus tropas auxiliares indias pasó la primera cortadura del dique con el auxilio del puente portátil que llevó consigo, y á pesar de ser atacado rudamente durante su marcha, á retaguardia por los aztecas que se precipitaron en tropel en pos de los invasores, y en los flancos con éxito mas terrible por los guerreros que desde las innumerables lanchas á derecha é izquierda del dique les enviaron una lluvia no interrumpida de flechas y piedras. Pero cuando quisieron pasar la segunda cortadura resbalaron sobre las vigas húmedas dos caballos y cayeron al agua arrastrando consigo el puente. Entonces fué horrorosa la confusion; las primeras filas, empujadas por las que seguian detrás, cayeron tambien al lago, entablándose en él otra lucha desesperada entre los que caian y los enemigos que tripulaban las lanchas, los cuales procuraban ante todo hacer prisioneros para despues sacrificarlos á sus ídolos. Así cayeron en sus manos todos los que quisieron salvarse á nado. Entre tanto se fué llenando el hueco de la cortadura con los cadáveres de hombres y caballos y con los cañones y carros, y sobre ellos pasó la tropa compacta de los españoles defendiéndose por todos cuatro costados sin espacio para moverse y perdiendo continuamente gente. Allí no se obedeció voz de mando, ni prevaleció mas idea que la de salvarse llegando cuanto antes á tierra firme. De 1,300 soldados que salieron de Méjico con Cortés, solo salvaron la vida 440 y aun éstos estaban todos heridos: sobre 860 murieron ó cayeron en manos de los aztecas, que los sacrificaron en los altares de los ídolos. Se perdieron tambien todos los cañones, arcabuces, municiones y 46 caballos, de modo que la caballería quedó reducida á 23 individuos. Esta retirada desastrosa fué conocida despues con el nombre *la noche triste*. En Popotla se enseña todavía hoy el cedro bajo cuya copa acampó aquella noche Cortés con el resto de su fuerza armada.

A la mañana siguiente se dirigió Cortés hácia el Norte y despues dando la vuelta al lago hácia el Este, perseguido por

los mejicanos, llevando los heridos graves en medio de su gente, y cubriendo él mismo con sus jinetes los flancos de su pequeño ejército. El 7 de julio llegó así á las dos pirámides de Teotihuacan, nombre que significa *morada de los dioses*, los dos monumentos quizás mas antiguos de Méjico, de los cuales el mayor mide en cada lado de su base 208 metros por 55 de altura, y los dos están orientados exactamente segun los cuatro rumbos cardinales. Al Este de estas pirámides habia apostado en la llanura de Otumba, un ejército de 200,000 combatientes mejicanos, amenazando envolver y aniquilar á la exigua fuerza española, que se encontraba como una isla en medio de un océano embravecido. Pero Cortés supo mantener levantado el espíritu de su tropa gritando: «No es este el dia en que hemos de ser vencidos» (1).

No por eso dejaba de conocer toda la extension del peligro, porque escribió despues al rey: «Pelemos, por decirlo así, en confusa mezcla, creyendo este combate el último de nuestra vida; tan débiles éramos nosotros y tan fuertes y poderosos nuestros enemigos.» En la pelea recibió Cortés dos pedradas en la cabeza que le dejaron aturrido y fué menester vender las heridas que habian causado; pero en tan crítico momento salvó la situacion el soldado de caballería Juan Salamanca con un arrojo casi sin ejemplo. Viendo en lo mas espeso de la accion al jefe enemigo que llevaba el estandarte mejicano, se lanzó hácia él con unos cuantos jinetes atropellando y aplastando á cuantos enemigos se pusieron delante, y le mató quitándole el estandarte: «é con este trabajo fuimos mucha parte de el dia, hasta que quiso Dios que murió una persona de ellas, que debia ser tan principal que con su muerte cesó toda aquella guerra.» Así escribió Cortés al rey (2). El hecho era que la muerte del general en jefe fué la señal de la huida general, quedando los españoles salvados y libres por esta vez. Descansaron, fatigados y agotados sus fuerzas, tres dias en la ciudad de Huejotlipan, y desde allí pasaron á Tlascalala donde fueron recibidos cariñosamente y pudieron con tranquilidad curarse sus heridas. Cortés se hallaba en este caso, porque habia perdido en la refriega dos dedos de la mano izquierda; las dos heridas en la cabeza se habian enconado, y todo él estaba seriamente enfermo á consecuencia de los grandes esfuerzos físicos y mentales que habia hecho. Era natural que en semejante situacion se desalentasen tambien los soldados y que muchos de ellos desearan volver á la costa. Su situacion se hizo mas insegura porque llegó poco despues una embajada azteca de Méjico á Tlascalala para invitar á este pueblo á aliarse con los mejicanos contra los invasores extranjeros; y el jefe tlascalteca Xicotencatl no estaba distante de aceptar la alianza. Por fortuna su padre no quiso de ninguna manera abandonar á su aliado Cortés.

Despues de haberse repuesto la gente, y curado Cortés, renacieron tambien sus bríos, y con el auxilio de los tlascaltecas y en diferentes combates en que quedaron vencedores sometieron el país entre las montañas de Popocatepetl y Citlalpetl. Entre tanto llegaron y se agregaron á Cortés nuevos refuerzos de tropa, enviados por Velazquez el gobernador de Cuba en la creencia de que los enviaba á Narvaez á quien suponía dueño del país.

En 30 de octubre de 1520 escribió Cortés su famosa carta al rey de España, dándole noticia exacta de todo lo ocurrido y concluyendo su relacion con estas palabras: «En vista de todas las semejanzas que he observado entre los dos países (Méjico y España), tocante á feracidad, extension, clima, etc., he creído deber llamar á estos territorios la Nueva España

(1) Véase SAHAGUN, *Historia de la Nueva España*, XII, 27; y LORENZANA, pág. 148.

(2) Véase LORENZANA, pág. 148.

del Mar Océano, «y me atrevo á suplicar á V. M. que confirme este nombre.»

Esta carta abrió los ojos al gobierno español que comprendió por primera vez que Cortés estaba sometiendo á la corona de España un imperio poderosísimo que abundaba en preciosos productos; de modo que Pedro Mártir se apresuró también (*Opus epistolarum*, Alcalá 1530) en su epístola 717 á describir á sus amigos y favorecedores la magnificencia de la capital «Tenustitan alias Méjico,» así como las riquezas del país. En la carta 774 (edición de Alcalá) fechada en 20 de noviembre de 1522, suma el oro que había venido de Méjico á España y dice que al cabo de treinta años de esfuerzos desde el primer viaje de Cristóbal Colon, parecía haberse encontrado por primera vez la India aurífera.

Cortés se decidió por fin á apoderarse de nuevo de la capital; mas para no verse otra vez expuesto á los ataques de las lanchas de guerra aztecas, resolvió hacerse ante todo dueño del lago para aislar la ciudad de la tierra firme y reducirla por hambre. A este fin determinó construir una escuadra, para lo cual hizo llevar las piezas de hierro y los aparejos de Veracruz, mientras se labraba la madera en Tlascalca, desde donde fueron llevadas las piezas después á orillas del lago, para ser unidas allí.

A mediados de diciembre púsose Cortés en marcha desde Tepeaca con 550 infantes españoles, 40 soldados á caballo y 8 ó 9 cañones. Las tropas indias aliadas que fueron con él para conquistar su independencia y libertarse del pesado yugo de los monarcas aztecas, pasaban de 100,000 guerreros. Con todas estas fuerzas y por un camino difícil al través de las montañas al Norte de Iztaccihuatl se dirigió á Tezcuco, cuyos habitantes abandonaron la ciudad, salvándose unos en embarcaciones al otro lado del lago, y otros á pié atravesando las montañas. Fijóse con sus fuerzas en Tezcuco á donde mandó trasportar el material para la construcción de buques, reunido según dijimos en Tlascalca; y mientras se armaban los buques hizo ensanchar y profundizar el pequeño canal que unía la ciudad con el lago, distante media legua, para poder hacer entrar en él los trece barcos que se estaban construyendo.

En Méjico después de la partida de los españoles había sucedido al difunto Motezuma su hermano; y habiendo muerto este, á los cuatro meses de su reinado, había sido elegido por los cuatro magnates, principales electores, el sobrino de los dos emperadores difuntos. Este último llamábase Quauhtemotzin ó Guatimozin, ó sea Quauhtemo ó Guatemala porque la sílaba *tsin* era un distintivo nobiliario que se añadía á los nombres de todos los magnates, por cuya razón llaman muchos historiadores á Cacama sobrino de Motezuma Cacamatzin. El nuevo emperador tenía 25 años de edad; y previendo las intenciones de Cortés hizo fortificar su capital por todos lados.

Mientras se impulsaban los trabajos del canal y de la nueva escuadra en Tezcuco, Cortés hizo un reconocimiento al rededor del lago para enterarse bien de los recursos y comunicaciones con qué contaba la capital; y á fin de cortarlos cuanto antes, atacó y sometió las poblaciones ribereñas. Después, recibió un nuevo refuerzo que había pedido al virey residente en Haití, el cual le envió 200 infantes y de 70 á 80 jinetes, y con estas fuerzas atacó la ciudad de Xochimilco que en parte estaba construida dentro del lago, y cuyo nombre significa *Pradera florida*, aludiendo á sus jardines flotantes. En la acometida que dió Cortés á esta plaza, faltó poco para que cayera prisionero, porque en lo mas fuerte de la pelea resbaló y cayó su caballo. Al instante vióse rodeado de enemigos contra los cuales se defendió con su lanza, pero no habría tardado en caer y ser sacrificado á los

dioses si no le hubiese salvado un criado fiel y tlascalteca.

Poco después llegó el emperador mejicano al socorro de la ciudad con 2,000 lanchas y 12,000 hombres á los cuales rechazó Cortés si bien con mucho trabajo.

Por otra parte moviéronse otra vez en su ejército los elementos adictos á Velazquez, el gobernador de Cuba, los cuales impacientes y desesperanzados de lograr los tesoros con que habían contado al tomar servicio, miraban las penalidades inauditas á que los obligaba Cortés como un derroche inútil de vidas humanas, y se conjuraron para asesinar al general y á sus oficiales mas adictos y fieles, abandonar el país y regresar al suyo. Esta conspiración fué delatada á Cortés á última hora con la lista de todos los conjurados; pero el general hizo ejecutar solo al jefe de la conspiración y rasgó la lista de los demás comprometidos; bien que por otro lado se rodeó en adelante de una guardia de confianza.

Entre tanto, y por los esfuerzos de 8,000 operarios ocupados en la apertura del canal quedó este terminado, dándosele doce piés de profundidad; y el 28 de abril de 1521 pasaron por él los buques á la vista de todo el ejército y entraron en el lago, donde recibió cada uno un cañón y 25 hombres de dotación. Una victoria brillante que alcanzaron estos buques sobre las embarcaciones mejicanas hizo á los españoles dueños del lago. Al principio había dado orden Cortés de dejar aproximarse las lanchas aztecas que en número de 500 habían sido enviadas para hacer un reconocimiento, echarlas luego á pique á cañonazos y hacer un escarmiento que probase á los mejicanos de una vez para siempre la inmensa superioridad náutica de los europeos sobre ellos; pero cuando se avistaron las lanchas enemigas, levantóse un viento tan favorable del lado de tierra que Cortés aprovechó esta circunstancia para dar orden á los buques de avanzar hacia las embarcaciones enemigas con todas las velas desplegadas para embestirlas á manera de ariete, echarlas á pique y perseguir á las que quedaran hasta la ciudad. Así se hizo; gran número de lanchas fueron arrolladas y las tripulaciones anegadas ó muertas por los perseguidores que navegaron tres leguas lago adentro, alcanzando una victoria mas brillante de lo que se había esperado (1).

Con los nuevos refuerzos se había aumentado el número de combatientes españoles hasta 800. Cortés los dividió en tres secciones á las órdenes de Alvarado, Olid y Sandoval; los dos primeros apoyados por algunos bergantines, ocuparon los diques del Mediodía que los mejicanos abandonaron al ver aproximarse los buques españoles, y de la misma manera ocupó Sandoval con su división los diques del lado Norte. Luego cortaron los conductos que proveían á la ciudad de agua potable, y rellenaron las cortaduras de los diques, bien que luchando continuamente con los de adentro que hacían lo posible para impedir estos trabajos mientras cortaban los diques en otros puntos mas próximos á la ciudad. Esta finalmente quedó completamente cercada, pero no acobardada, porque sus defensores se mostraron decididos á morir primero que rendirse y «por el agua y por la tierra, dice Lorenzana, daban tantos gritos y alaridos que parecía que se hundía el mundo.»

Poco á poco sin embargo consiguieron los españoles avanzar y penetrar en la ciudad; los cañones destruyeron los parapetos levantados en las calles, y los vencedores llegaron hasta el gran templo cuyo ídolo hicieron pedazos. Los indios dieron entonces un ataque tan furioso que hicieron retroceder á la infantería española; pero la salvó de una matanza general el ataque impetuoso de la caballería.

Amenazados y atacados los españoles de noche y de día

(1) LORENZANA, pág. 242.

por todos lados, convenciéronse de la imposibilidad de sostenerse por lo pronto en la ciudad y volvieron á retroceder; pero tan grande había sido el efecto de sus proezas, que en el campo enemigo empezó á cundir la convicción de su victoria definitiva. El señor de Tezcuco se expresó mas adelante había estado irresoluto se pasó con sus 50,000 guerreros á los conquistadores y otras ciudades siguieron su ejemplo reconociendo la soberanía de España. Los españoles repitieron sus ataques; cada día incendiaban nuevas casas, reduciendo así el terreno de los defensores que además empezaron á sentir los efectos del hambre. A pesar de esto rechazaron impertérritos los repetidos ofrecimientos de paz que les hizo Hernán Cortés, el cual en su relación se expresó mas adelante en estos términos: «Hábilamos penetrado ya en la ciudad un día tras otro; cuatro veces se había repetido la matanza; una parte de la ciudad estaba reducida á cenizas; la mayor parte de las azoteas estaban destruidas, los obstáculos naturales y artificiales se habían vencido, y victoriosos siempre habíamos destrozado al enemigo con nuestros cañones y arcabuces, por cuya razón esperaba yo de un momento á otro que vendrían á solicitar la paz, y mi corazón anhelaba que diesen este paso necesario; mas me convencí, irritado de su resistencia tenaz, de que era menester obligarles á la fuerza echando mano del último recurso (1).» Este último recurso era un ataque general simultáneo desde el Sur y el Oeste que fué ejecutado cuando la lucha se había prolongado ya por espacio de tres semanas. En este ataque, habiendo avanzado demasiado precipitadamente el capitán Alderete, sin hacer antes llenar bien la cortadura del dique para facilitar la retirada, resultó que después de llegar hasta la gran plaza del mercado fué rechazado por los aztecas, y arrojado con su tropa al agua. Cortés acudió á su socorro con un puñado de valientes, pero fué derribado y herido en una pierna en la pelea; y ya le habían echado mano varios mejicanos, que indudablemente se le habrían llevado prisionero, si no hubiesen llegado á tiempo Antonio de Quiñones y otro joven español que se sacrificó generosamente por su general. A pesar de esto Cortés no quiso apartarse de la pelea, y fué menester para salvarle que varios oficiales le retiraran á la fuerza del campo de batalla.

En este combate murieron 40 españoles y 62 fueron hechos prisioneros juntamente con muchos otros aliados, para ser luego sacrificados á los ídolos de los sitiados. A la caída de la tarde oyeron los sitiadores tocar el gran tambor del templo del dios de la guerra y vieron una larga procesion de guerreros subir las gradas con paso solemne hasta que llegaron á la plataforma. Allí los sitiadores vieron con horror, porque la distancia era poca, cómo los mejicanos adornaban con plumas la cabeza de sus infortunados compañeros, cómo los obligaron á bailar delante del ídolo, y cómo luego los extendieron uno tras otro sobre el altar abriéndoles el pecho con sus cuchillas de pedernal y arrancándoles el corazón palpitante para ofrecerlo á su ídolo en holocausto.

En su relación habla Cortés con horror de este terrorífico espectáculo que heló la sangre en las venas de sus soldados.

Después de un descanso de ocho días, dispuso Cortés un nuevo ataque, dando orden de arrasar las casas á medida que se conquistasen como único medio de dominar la ciudad, pues que cada casa era una fortaleza donde los enemigos se podían defender. De esta manera progresó la conquista con la destrucción; cayó el palacio del emperador y el hambre arreció entre los sitiados que se mantenían ya solo de raíces, yerbas y hasta de madera; pero ni por esto querían oír hablar de sumisión prefiriendo dejarse enterrar debajo de las ruinas de la capital antes que rendirse. El sitio duraba ya 75 días

(1) LORENZANA, pág. 260.

desde el 30 de mayo hasta el 13 de agosto, sin que pudiese calcularse su fin, cuando fué capturado el emperador Guatimotzin por los bergantines españoles al querer fugarse en una lancha á la orilla del lago. Entonces concluyó la resistencia. Cortés accedió á los ruegos de su prisionero y dejó salir libres de la ciudad á los guerreros de fuera con sus familias. Duró tres días con sus noches aquella procesion no interrumpida de hombres, mujeres y niños, que se arrastraban macilentos y extenuados de hambre por los diques. El cuadro que ofrecía la ciudad rendida era espantoso. Las casas que habían resistido hasta lo último á los sitiadores estaban llenas de cadáveres, y los mejicanos que se encontraron con vida no tenían fuerzas para ponerse en pié. Las relaciones de los autores calculan en 120,000 á 240,000 el número de bajas de la población.

Al saberse la caída de la metrópoli, sometieron inmediatamente los Estados vecinos.

El oro recogido por los vencedores subió á 130,000 castellanos de oro. Con el asentimiento de todos los españoles fueron enviados al rey de España todos los escudos de oro y todas las obras preciosas de pluma como únicos en su clase.

Hecho el reparto del botín, dedicóse Cortés á la reconstrucción de la ciudad, demostrando en este punto sus dotes extraordinarios de organizador y creador. Mandó llenar muchos canales, ensanchar las calles, conservando únicamente intacta la calle mayor. En el sitio del templo principal del dios de la guerra, hizo construir una iglesia dedicada á San Francisco, que fué reemplazada en 1573 por una catedral magnífica dedicada á la Asunción de la Virgen; y en la plaza actual del Matadero mandó elevar una ciudadela para amparo de los buques tan indispensables para el dominio del lago.

No tardaron en acudir de las Antillas y de España muchas familias que en pocos años llegaron á 2,000 y en 1524 contó Cortés en la nueva capital española 30,000 habitantes. Con la destrucción del imperio azteca desaparecieron también su civilización especial y sus artes é industrias, pues que con la caída de las familias nobles y de los sacerdotes cayó también la ciencia de la raza; pero esta pérdida por sensible que fuera quedó mas que compensada con la abolición de los horribles sacrificios humanos y de la antropofagia. Por otra parte el cambio radical en la organización política y social y en el modo de ser de la civilización mejicana dió lugar á un envilecimiento y una desmoralización lamentables de aquellos pueblos que como el territorio fueron repartidos entre los vencedores, librándose únicamente de la dura servidumbre los tlascaltecas. El clero español tomó sin embargo bajo su amparo, hasta donde llegaban sus fuerzas y su influencia, á los indios que por lo mismo cobraron afecto á sus protectores y se dejaron bautizar y catequizar.

23.—Hernán Cortés, lugarteniente del rey en la Nueva España.

Entre los príncipes indígenas que se sometieron á los vencedores figuró en primera línea el soberano de Michoacan, cuyos embajadores dieron á Cortés las primeras noticias exactas de la proximidad del Océano Pacífico, y en su consecuencia el general español envió á aquellas costas á cuatro de sus capitanes con las fuerzas disponibles y la orden terminante de no volver sin haber tomado solemnemente posesion de aquella mar á nombre del rey de España. Dos de estos capitanes, Sandoval y Alvarado, ejecutaron escrupulosamente la orden penetrando con sus divisiones en las comarcas meridionales, particularmente en la feracísima cuenca de Oaxaca, de la cual una mitad fué concedida después á Hernán Cortés como patri-